

NUEVO MANUAL
DE
CIVILIDAD Y BUENAS MANERAS

POR M. A. CARREÑO

NOVÍSIMA EDICIÓN

BJ1982
C3
1897



1020125640

FL6
DONADO POR

BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

11536 \$4255-

11442 -114371

NUEVO MANUAL
DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS

PARA USO
DE LA JUVENTUD DE AMBOS SEXOS,
EN LA ESCUELA Y EN EL HOGAR

EN EL CUAL SE ENCUENTRAN LAS PRINCIPALES REGLAS DE CIVILIDAD
Y ETIQUETA QUE DEBEN OBSERVARSE EN LAS DIVERSAS
SITUACIONES SOCIALES Y DE LA VIDA; CON
UN BREVE TRATADO SOBRE LOS
DEBERES MORALES

POR
MANUEL ANTONIO CARREÑO

NOVÍSIMA EDICIÓN REFORMADA
Y PUESTA AL DÍA EN 1897



DE VENTA EN LA
"Librería General"
DRELOS 105 -- TELEFONO 780
Masterey, N. L. Méx

NEW YORK AND LONDON
D. APPLETON AND COMPANY

1917

40125

DE LA
Srita. Felicitas Lozaya
PROFESORA DE CANTO.

0129-17060

395

C.

BJ1982

C3

1897



BIBLIOTECA

COPYRIGHT, 1855, 1897,
By D. APPLETON AND COMPANY.

*La propiedad de esta obra está protegida por la ley en
varios países, donde se perseguirá á los que la
reproduzcan fraudulentamente.*



FONDO
ACERVO GENERAL

Printed in the United States of America

DOS PALABRAS ACERCA DE ESTA NUEVA EDICIÓN.

LA manifiesta utilidad del presente libro, así como la popularidad que ha adquirido y que justifica la rapidez con que se han agotado las numerosas ediciones anteriores, son el motivo que decide á nuestra casa á imprimir esta *nueva edición*, la cual, conservando íntegras las ideas y prácticas aconsejadas por su reputado autor—salvo raras modificaciones exigidas por el cambio de algunos usos sociales—ha sido rehecha por completo con el fin de corregir al mismo tiempo su anticuada forma ortográfica y poner el libro al día, tanto en el concepto literario como en el de su doctrina de tan útil aplicación en la enseñanza.

Aunque nuestra primera edición, llevada á cabo desde hace cuarenta años, ha venido siendo reproducida, reimpressa ó apropiada, por otros editores durante casi todo ese tiempo, como la nuestra es la única verdadera y la original, ha sido siempre y continúa siendo la preferida en todos los países hispanoamericanos. Esto nos ha inducido á modernizar la obra, como lo hacemos en la presente edición.

Al mismo tiempo, como ahora existen tratados que protegen y amparan la propiedad literaria, la nueva edición refundida y nuevamente registrada ante la ley, estará á cubierto de las reproducciones, sino en todas partes, al menos en muchos de los países donde antes no lo estaba y por lo mismo

nuestra NUEVA EDICIÓN DEL MANUAL DE CARREÑO, será la única en el mercado puesta al día.

Esperamos que tanto en las escuelas como en el hogar doméstico, continúe siendo este tratado de URBANIDAD Y BUENAS MANERAS, el texto predilecto; y á no dudarlo, continuará como hasta aquí siendo de verdadero provecho para la juventud de ambos sexos.

Los que deseen materia más sencilla, texto más compendiado del mismo CARREÑO; acudirán al COMPENDIO, librito que también ha sido reformado y puesto al día, y es á propósito para uso de personas más jóvenes ó de niños, tanto en las escuelas elementales como en el hogar doméstico.

NUEVA YORK, 1897.

INTRODUCCIÓN Á LA PRIMERA EDICIÓN

POR DON MANUEL ANTONIO CARREÑO.

SIN el conocimiento y la práctica de las leyes que la moral prescribe, no puede haber entre los hombres ni paz, ni orden, ni felicidad; y en vano pretenderíamos encontrar en otra fuente los verdaderos principios constitutivos y conservadores de la sociedad que nos proponemos estudiar, y las reglas que nos enseñan á conducirnos en ella con la decencia y moderación que distinguen al hombre civilizado y culto.

La virtud es la base de todos los bienes, y el origen más puro de los goces y conveniencias que encontramos en el transcurso de la vida; así es que la urbanidad, que reúne cuantos medios puede el hombre emplear para hacer su trato fácil y agradable, sacrificando á cada paso sus gustos é inclinaciones, á los gustos é inclinaciones de los demás, no es otra cosa que la virtud misma, deponiendo un tanto la austeridad de su carácter, para revestirse con las gracias y atavíos que le dan entrada á presidir y legitimar las relaciones sociales y las recreaciones y placeres del mundo.

La dignidad personal, los modales finos é insinuantes, el aseo del cuerpo, que revela en el hombre la candidez del alma, la sobriedad y la templanza, la discreción y la prudencia, la tolerancia y el constante cuidado, en suma, de complacer y jamás desagradar á los demás, que refunde todas las reglas de la cortesía, ¿no son evidentemente otros tantos

deberes que emanan del conocimiento de Dios, del gran principio de la caridad evangélica y de la ley que nos conduce á la felicidad por el camino de la perfección moral?

El hombre virtuoso ha de ser necesariamente bondadoso y condescendiente; y es de la bondad y de la condescendencia que nacen todos los movimientos dulces, apacibles y benévulos que nos granjean la estimación y el afecto de los demás, y que al mismo tiempo dan á nuestras personas, por el hábito de la mansedumbre, aquella delicadeza y cultura que tanto brillo y realce comunican á las cualidades intrínsecas del alma.

Tan penetrados han vivido los hombres en todos tiempos de la fuerza de esta verdad, que los romanos llamaron *humanitas* (humanidad), á la afabilidad y cortesanía; y ningún autor, de los muchos que hemos consultado, presenta los deberes de la urbanidad mas que como una emanación de los deberes morales.

“Lo que en la sociedad se llama *cortesía*, dice el célebre Alibert, no es mas que el modo atento de expresar todos los sentimientos de la benevolencia.”

Mme. Celnart, en su interesante obra sobre las reglas que deben observarse en la buena sociedad, presenta los deberes religiosos y morales, antes de entrar en la exposición de los deberes de la etiqueta, y funda todas las fórmulas y atenciones de la cortesanía, en el sentimiento eminentemente religioso y moral de la benevolencia.

En la *Introducción* que precede al “Código de urbanidad de Don Manuel Díez de Bonilla,” encontramos basado el plan de la obra en los principios siguientes: “1º, ejercer los propios derechos con el menor desagrado de las demás personas: 2º, respetar los suyos, aun cuando pudieran sernos dañosos: 3º, reconocer su mérito, aunque proceda de nuestros enemigos: 4º, no causarles mal sin justo motivo ó legítima autorización: 5º, promover su bien, aun con sacrificio

del nuestro: 6º, renunciar á resentimientos del momento, que producirían mayores disgustos futuros: 7º, sacrificar las afeciones personales al interés público; y 8º, lograr la mayor ventaja pública con el menor perjuicio de los miembros de la sociedad.”

Por último, el conde d'Orsay, autor de un bello tratado sobre la “etiqueta,” en que se circunscribe al refinamiento de los usos de la sociedad inglesa, para la cual escribió, creyó sin embargo que todo debía basarse en la virtud, y concluyó sus interesantes reglas y observaciones con estas notables palabras: “La nobleza no está en el nacimiento, ni en los modales, ni en la elegancia, sino en el alma. Un elevado sentimiento del honor, un hábito constante de respetar la situación inferior de los demás, una firme y sincera adhesión á la verdad, á la delicadeza y á los deberes de la civilidad, manifestada en todos los actos de la vida; hé aquí los caracteres esenciales que distinguen al verdadero caballero.”

Pero si estas observaciones no fueran suficientes por sí solas para demostrar la íntima relación que existe entre las reglas y prácticas de la urbanidad, y los deberes que la religión y la moral nos imponen, bastaría dirigir la vista á los modales del hombre impío, del hombre colérico, del avaro, del egoísta, ó de cualquiera de los que se apartan de aquellos deberes fundamentales, y preguntar cuáles son las sensaciones que estos hombres producen en la sociedad, cuáles los afectos que conquistan, cuál la estimación de que gozan, desde el salón en que reinan las más severas reglas de la etiqueta, hasta el seno mismo del hogar doméstico, donde la indulgencia que inspiran y fomentan los lazos de la naturaleza, suple en tan alto grado las deficiencias del mérito, y donde se refugian y se encubren todas las miserias y debilidades del hombre.

No existe, pues, urbanidad sin virtud: no hay que esperar el hacernos agradables y granjearnos el cariño ajeno, sin

fecundar nuestro corazón con las dulces inspiraciones que nos vienen del Cielo: no hay que aspirar á la suavidad y elegancia de nuestras maneras, si no nos abrimos paso á la buena sociedad, que es la escuela de las costumbres, con los títulos que ella exige y que tan sólo adquirimos dulcificando nuestro carácter y moderando nuestras pasiones; y hé aquí por qué hemos creído indispensable, antes de exponer á la juventud las reglas de la civilidad y de la etiqueta, presentarle los principios eternos de la sana moral, que son los principios generadores de todas las virtudes sociales, y la base de todo orden, de todo progreso y de toda felicidad.

Nosotros no aspiramos á otro mérito que al que se concede á los simples expositores de la verdad. Si lo hemos alcanzado, nuestra ambición está satisfecha. Pero pensad ¡oh jóvenes! que aunque el modesto libro que os ofrecemos pueda llenar el importante objeto á que lo destinamos, muy poco habréis adelantado con su lectura si no practicáis sus reglas. Por desgracia de la sociedad, las verdades más luminosas, las más saludables, las más conservadoras, están con frecuencia condenadas á quedarse escritas. No olvidéis jamás que os debéis á vuestra patria, la cual tiene en vosotros todas sus esperanzas, ni olvidéis tampoco la entidad de los deberes que esta sola consideración os impone.

Los principios que os presentamos, son los más sanos principios de religión y de moral, tomados de reputados autores, y sobre todo, del rico y precioso tesoro del Evangelio. Ellos se convertirán para vosotros en una fuente inagotable de sólida y duradera felicidad, si, no contentos con su simple lectura, los grabáis profundamente en vuestro corazón y los hacéis constantes reguladores de vuestra conducta.

DEBERES MORALES DEL HOMBRE.

CAPÍTULO I.

DE LOS DEBERES PARA CON DIOS.

*Dios es luz, y luz que asombra;
El sol, ante Dios, es sombra.*

BASTA dirigir una mirada al firmamento, ó á cualquiera de las maravillas de la creación, y contemplar un instante en los infinitos bienes y comodidades que nos ofrece la tierra, para concebir desde luego la sabiduría y grandeza de Dios, y todo lo que debemos á su amor, á su bondad y á su misericordia.

En efecto, ¿quién sino Dios ha creado el mundo y lo gobierna, quién ha establecido y conserva ese orden inalterable con que se mueve la masa formidable y portentosa del universo, quién vela incesantemente por nuestra felicidad y la de todos los objetos que nos son queridos en la tierra, y por último, quién sino Él puede ofrecernos como nos ofrece la dicha inmensa de la salvación eterna? Sómosle, pues, deudores de todo nuestro amor, de toda nuestra gratitud, y de la más profunda adoración y obediencia; y en todas las situaciones de la vida, en medio de los placeres inocentes que su mano generosa derrama en el camino de nuestra existencia, como en el seno de la desgracia con que en los juicios inescrutables de su sabiduría infinita prueba á veces nuestra paciencia y nuestra fe, estamos obligados á rendirle nuestros homenajes, y á dirigirle nuestros ruegos fervorosos, para que